

# VELEIA

REVISTA DE PREHISTORIA, HISTORIA ANTIGUA, ARQUEOLOGÍA  
Y FILOLOGÍA CLÁSICAS

*Comité de Redacción:*

I. BARANDIARÁN

J. L. MELENA

J. SANTOS

V. VALCÁRCEL

*Secretario:*

J. GORROCHATEGUI

8-9



Torso *thoracatus* hallado en  
Iruña, Álava, la  
antigua  
*Veleia*

INSTITUTO DE CIENCIAS DE LA ANTIGÜEDAD  
AINTZINATE-ZIENTZIEN INSTITUTUA

SERVICIO EDITORIAL  
UNIVERSIDAD DEL PAIS VASCO



ARGITARAPEN ZERBITZUA  
EUSKAL HERRIKO UNIBERTSITATEA

VITORIA

1991-1992

GASTEIZ

# LIBANIO: PERFIL PSICOLÓGICO MARCADO POR EL SUFRIMIENTO

## *Elección y enfoque del estudio*

He elegido a Libanio por ser un insigne representante de la sofística del siglo IV d.J.C. Varias razones prueban mi afirmación.

En primer lugar, su producción literaria es inmensa y variada: 64 discursos, 51 declamaciones, 143 ejercicios preparatorios, 1544 cartas, una vida de Demóstenes y contenido de sus discursos y una preceptiva epistolar. Toda ella está editada por R. Foerster en 12 volúmenes de la Teubner. Subrayamos que tanto los discursos como las cartas son una fuente imprescindible para conocer la sociedad antioquena de este siglo.

Además, este sofista ejerció una influencia extraordinaria en la época bizantina como modelo de escuelas de retórica.

Finalmente, es un autor que nos ofrece dos vertientes de la lengua: el aticismo y la *koiné*, a cuyo estudio le hemos dedicado un artículo.

Ahora pretendemos acercarnos a su vida desde una perspectiva nueva. Existen estudios de gran peso científico de la vida de Libanio<sup>1</sup>, pero nosotros situamos nuestra investigación en los sufrimientos físicos y morales que pudieron influir decisivamente en la psicología del autor. Nos servimos fundamentalmente de su Autobiografía (*βίος ἢ περὶ τῆς ἑαυτοῦ τύχης or. 1*), dejando las fuentes coetáneas y posteriores<sup>2</sup>, que ofrecen un campo de investigación no realizado todavía.

## *Lugar y fecha de su nacimiento y muerte*

Libanio nace en Antioquía de Siria, pues con frecuencia habla de ella como de su ciudad natal y nos lo confirma Eunapio.

Λιβάνιον δὲ Αντιόχεια μὲν ἦνεγκεν ἢ τῆς Κοίλης καλουμένης Συρίας πρώτη τῶν πόλεων, V.S. § 495.

<sup>1</sup> A. J. Festugière, *Antioche païenne et chrétienne*, París 1959, pp. 97-99.

R. Foerster-K. Munscher, «Libanios», *RE* t. 12/2, Stuttgart 1955, col. 2485-2551.

E. Monnier, *Histoire de Libanius*, París 1866.

L. Petit, *Essai sur la vie et la correspondance du sophiste Libanius*, París 1866.

A. J. Norman, *Libanius' Autobiography*, Oxford 1965.

P. Petit, *Libanius et la vie municipale à Antioche au IV<sup>e</sup> siècle après J. Ch.* París 1955, pp. 17-18.

F. Schemmel, «Der sophist Libanius als Schüler und Lehrer», *Neue Jahrbücher für das klassische Altertum*.

*Geschichte und deutsche Literatur und für Pädagogik* 20, 1907, pp. 52-69.

B. Schouler, *La Tradition hellénique chez Libanios*, París 1984, t. 1, pp. 1-24.

O. Seek, *Die Briefe des Libanius zeitlich geordnet*, Leipzig 1906.

G. R. Sievers, *Das Leben des Libanius*, Berlín 1868.

P. Wolf, *Libanios. Autobiographische Schriften*, Zurich-Stuttgart 1967.

<sup>2</sup> Juliano, Basilio de Cesarea, Gregorio Nacianceno, Gregorio de Nisa. Juan Crisóstomo etc. Referencia más amplia puede verse en B. Schouler, *op. cit.*, cap. 1, nota 1.

El año 314 d.J.C., como fecha de su nacimiento, se deduce indirectamente<sup>3</sup> por hechos reflejados en sus discursos y en dos de sus cartas, perfectamente datados.

La primera celebración de los Juegos Olímpicos después de la muerte de Juliano (a. 364) coincide con sus cincuenta años.

Τὰ δὲ ἐπὶ τούτοις ἦν μὲν Ὀλύμπια τὰ παρ' ἡμῖν, ἔτος δὲ ἔμοι πεντηχοστόν' *or.* 1, 139.

El sofista dedicó el discurso de saludo al emperador Valente a su llegada a Antioquía (a. 372), cuando finalizaban sus cincuenta y siete años.

καὶ ἦν μὲν ἔτος ἑβδομὸν ἐπὶ τοῖς πενήκοντα λήγον ἤδη, *Ib.* 143.

Su tío Panolbio organizó los Juegos Olímpicos (a. 328), cuando él tenía catorce años.

τέτταρα μὲν καὶ δέκα ἐγεγόνειν ἔτη Πανολβίου ποιούντος τὰ Ὀλύμπια, *or.* 53, 4.

La epístola 727 (a. 362) la escribe a los cuarenta y ocho años.

τὸ δὲ τῆς κεφαλῆς κακὸν ἀρχαῖον ὄν, εἴκοσι γὰρ ἔτη γέγονός ἐπλήγην, ἔστι δὲ ἐκεῖθεν ὀκτώ καὶ εἴκοσι, *ep.* 727, 1.

Finalmente, la epístola 947 (a. 390) la escribe a sus setenta y seis años.

ἑξ μὲν καὶ ἑβδομήκοντα ἔτη γέγονα, *ep.* 947, 3.

Muere alrededor del a. 393, ya que su correspondencia finaliza hacia esa fecha.

#### Ambiente sociológico

Como vemos, su vida se desarrolla durante casi todo el siglo IV d. J.C. Nosotros no hacemos una exposición exhaustiva de este siglo, para lo cual existe una bibliografía numerosa y de calidad. Seleccionamos, no obstante, las obras principales en el aspecto socio-político<sup>4</sup>, cultural<sup>5</sup>, y religioso<sup>6</sup>, a las que remitimos al lector. Nos limitamos a ofrecer una síntesis histórica que puede ofrecer luz al fin que perseguimos.

El siglo IV se ha considerado como un siglo en crisis o como gestación de un mundo nuevo<sup>7</sup>, pero especifiquemos los valores en crisis.

En lo socio-político, Roma trata de conquistar para sí las competencias legislativas. El *basileus* o *imperator* actúa como un déspota, que promulga leyes o prohibiciones. En consecuencia, los curiales de Antioquía pierden competencias que pasan a los oficiales imperiales. Lógicamente,

<sup>3</sup> R. Foerster-K. Münscher, *art. cit.* col. 2486.

<sup>4</sup> S. Mazzarino, *Aspetti sociali del quarto secolo*, Roma 1951 línea siguiente P. Petit, *op. cit.*

G. Dagron, *L'empire romain d'orient au IV siècle et les traditions politiques de l'hellenisme. Le témoignage de Thémistios en Extraits des travaux et mémoires du centre de recherche d'histoire et civilisation byzantines*, t. 3, París 1968.

<sup>5</sup> A. J. Festugière, *op. cit.*

P. Petit, *Les étudiants de Libanius*, París 1956.

<sup>6</sup> A. Momigliano (ed.) *The conflict between Paganism and Christianity in the Fourth Century*, Oxford 1963.

A. Piganiol, *L'empire chrétien (325-95)*, vol. IV, 2 de la *Histoire romaine* de Glotz, París 1947.

<sup>7</sup> A. Piganiol, *op. cit.*, p. 421.

aunque aquellos continúan con la responsabilidad de cobrar los impuestos, su celo cívico decrece<sup>8</sup>. Esta merma de protagonismo político de la curia debió afectar a Libanio, cuya familia pertenecía a ella desde antiguo.

Además, la sociedad se halla atezada por una crisis económica que abarca todo el siglo III y que en el IV no se ha sabido resolver.

Constantino acuñó una moneda de oro, el *solidus* y mantuvo el *argenteus* de Diocleciano. Ello repercutió en la desvalorización del bronce o bronce plateado<sup>9</sup> y en la consiguiente subida de los precios. Lógicamente, los poseedores del rico metal son los dueños de la sociedad, ya que el Estado exigía el pago de los impuestos en oro o en *natura*. La sociedad, pues, está dividida entre los *clarissimi* y *perfectissimi* y la *aflicta paupertas*<sup>10</sup>. Esta la constituye la mayor parte de la población sobre la que pesan los impuestos y la baja de los salarios. Para remediar sus males, recurre a las huelgas, a la insurrección, e incluso al apoyo de los bárbaros<sup>11</sup>, que vigilan las fronteras con pérfidas intenciones de conquista. Libanio nos habla de padres que se vieron obligados a esclavizar o prostituir a sus hijos para poder pagar el *chrysargyron*, impuesto en oro y plata destinado a pagar los espectáculos imperiales y las donaciones al ejército<sup>12</sup>. No es extraño que nos encontremos con una sociedad anárquica y que algunos de sus funcionarios fueran sobornados e intimidados<sup>13</sup>.

Este entorno sociológico debió afectar lógicamente la psicología de nuestro autor.

#### Vida personal jalónada por continuas desgracias

Pero pasemos a factores más directos y decisivos que pudieron marcar su psicología. Su vida se caracteriza por un continuo sufrimiento, cuyas causas son las muertes de familiares y personas allegadas y una salud físico-mental quebrantada.

Ya sus antepasados, pertenecientes a la alta burguesía de Antioquía<sup>14</sup>, fuertemente enraizados en las tradiciones y miembros activos en los asuntos de la ciudad<sup>15</sup>, fueron víctimas de la persecución.

Comencemos por los hijos de su bisabuelo paterno. Este, capaz de pronunciar discursos en latín y muy versado en la mántica, previó la muerte violenta de sus hijos, acaecida en la represión de Diocleciano con motivo del intento de usurpación del trono por un tal Eugenio, oficial del ejército<sup>16</sup>. Sus bienes fueron confiscados hasta el punto que el padre de Libanio tuvo que recoger y alimentar a sus dos hermanas en edad nubil (*or.* 1, 3). El sofista no quiso recuperar dichos bienes (*Ib.* 125), a pesar del continuo ofrecimiento hecho por Juliano. En la *ep.* 1154, 3 explica a un cristiano las razones de su negativa.

También su abuelo materno, hombre de sólida formación retórica, estuvo a punto de ser ejecutado (*Ib.* 3). Murió poco después de la muerte de su padre (*Ib.* 4).

La muerte de su padre, del que nos habla muy poco, debió ser un duro golpe para él. Ni siquiera se nos ha transmitido con seguridad su nombre<sup>17</sup>. Sólo sabemos que recogió a sus herma-

<sup>8</sup> F. W. Walbank, *La pavorosa revolución. La decadencia del Imperio Romano en Occidente*, Madrid 1978, p. 95.

<sup>9</sup> *Id. op. cit.*, p. 104.

<sup>10</sup> S. Mazzarino, *op. cit.*, p. 115.

<sup>11</sup> *Id. op. cit.*, p. 95.

<sup>12</sup> F. W. Walbank, *op. cit.*, p. 105.

<sup>13</sup> L. Harmand, *Discours sur les patronages*, París 1955, pp. 8-9.

<sup>14</sup> P. Petit, *V.M.* p. 17.

<sup>15</sup> B. Schouler, *op. cit.*, t. 1, p. 3.

<sup>16</sup> Cf. *or.* 11, 158-162; 19, 45-46; 20, 19-20. G. Downey, *A History of Antioch in Syria from Seleucus to the Arab conquest*, Princeton 1961, pp. 330 y ss.

<sup>17</sup> Foerster-Münscher, *RE art. cit.* col. 2486-87. El Suidas nos da el nombre de Φασγάνιος a quien le sigue Pape-Bensler. Probablemente se deba a una confusión con el nombre de su tío materno. Reiske deduce de la *ep.* 245, 9 el nombre de Dioniso ἡγοῦ καὶ ἐμὲ βλέπειν ἐκεῖνον τὸν πάντα σοι, τὸν ἐν Διονύσου.

nas y que tuvo tres hijos, siendo nuestro autor el mediano (*Ib.* 4). Murió joven, después de recuperar una pequeña parte de sus bienes (*Ib.*) Del párrafo siguiente parece deducirse que Libanio tenía once años (*Ib.* 5).

Nos encontramos, pues, con un huérfano de corta edad y una viuda joven en probable simbiosis de sufrimiento. El retrato que nos hace Libanio de su madre nos puede dar la medida del dolor que supuso para él su muerte. Mujer que rehuye de los posibles tutores de sus hijos por recato y prudencia, entregada a la formación de sus hijos, dulce hasta el punto de no poder castigar a sus hijos, cuando prefieren la delicia de los campos al trabajo de su formación (*Ib.* 4), ni soportar la separación de su hijo por razones de estudio (*Ib.* 13). Se mantuvo fiel a su primer matrimonio, a pesar del acoso de pretendientes (*Ib.* 7). No es de extrañar que su muerte (otoño del a. 359) representara para él el dolor más profundo (*Ib.* 117).

Ya hemos dicho más arriba que Libanio era el mediano de sus hermanos. Las muertes de ambos tuvieron que repercutir en su ánimo. El mayor murió primero (*Ib.* 197). El más joven le visitó dos veces: una en Nicomedia (*Ib.* 197), la segunda en Constantinopla (*Ib.* 198). Finalmente vivieron juntos en Antioquía (*Ib.*). Un golpe muy doloroso fue para el sofista el que su hermano en poco tiempo perdiera la vista como consecuencia de un derrame cerebral (*Ib.* 199). Murió hacia el a. 381.

También dolorosas fueron las muertes de sus dos tíos maternos: Panolbio y Fasgano, ambos combatientes por los intereses de la ciudad (*Ib.* 3). Los dos desempeñaron la *siriarchia*, *liturgia* que consistía en financiar y presidir los Juegos Olímpicos que tenían lugar cada cuatro años. El primero lo hizo el a. 328, el segundo el a. 336 (*or.* 53, 4). Panolbio se dedicó al servicio del Estado, Fasgano a la carrera municipal. Fue modelo de curiales. Libanio evoca con frecuencia su memoria. Era más capaz que su hermano y prefirió ser *bouleutés* (*or.* 61, 31). Su brillante personalidad ya ha sido tratada por los autores<sup>18</sup>. Ambos sucesivamente ayudaron a su madre en la tarea de educar a sus hijos. La muerte del primero (a. 336) la considera como un castigo de la divinidad que afecta a la ciudad y a la tierra entera (*Or.* 1, 13). El segundo murió en otoño del a. 359<sup>19</sup> y para describirle utiliza la expresión pindárica Ἀσίας ὀφθαλμὸν (*Ib.* 117).

Pero tres muertes le hirieron en sus propias carnes: la de su prometida, la de la mujer que convivió con él y la de su hijo.

Libanio tuvo como prometida a su prima, hija única de Fasgano. Esta murió el a. 354, cuando él se disponía a regresar a su patria. Su dolor contrasta con la primera alegría τότε μὲν ἰλαρᾷ τε καὶ εὐθυμουμένη, ὕστερον δὲ ἄχους τε πλέα καὶ διατετυμμένη (*Ib.* 95). El sofista renunció en el futuro al matrimonio, probablemente para evitar dificultades jurídicas y fiscales, si se unía a una nueva familia curial.

Más tarde convivió con una antigua esclava, madre excelente, pero no libre (*ep.* 959, 2; 1063, 5). De esta unión nació su hijo natural (*or.* 17, 37)<sup>20</sup>, llamado ya Arabio o Arrabio, ya Cimón<sup>21</sup>. Una ley de Constantino (cf. C. Th. IV, 6, 2) prohibía que fuese heredero de los bienes de su padre. Juliano no tuvo tiempo de derogarla (*Ib.*) y las palabras de Joviano quedaron en simples promesas (*ep.* 1114; 1221, 6).

Valentiniano I y Valente, este último contra su voluntad, derogaron la ley (*or.* 1, 145), pudiendo Cimón ser heredero de su padre. Teodosio vuelve a implantar la ley antigua, por lo que

<sup>18</sup> O. Seeck, *op. cit.*, pp. 234-35; P. Petit, *V. M.* pp. 350-51.

<sup>19</sup> Id. *op. cit.*, p. 239.

<sup>20</sup> Sobre su estado legal cf. Norman, *op. cit.*, pp. 191 y 231.

<sup>21</sup> En la *ep.* 960, 2 (a. 390) se le llama Arabio, escrito Ἀράβιος, en la *ep.* 54, 14-15 del mismo año se le da el nombre de Cimón. En esta época solía llamarse con un solo nombre, pero esto no es obstáculo para que se le designase con dos nombres, lo que complica la prosopografía.

los bienes de Libanio debían pasar a la curia. Muchos amigos se le ofrecen al sofista para que éste emplease la figura jurídica del *fideicomis*. De este modo, el sofista podía legar en favor de una de las personas de su confianza con la promesa de devolverlos al heredero legalmente impedido. Esto era evidentemente burlar la ley e implicaba sus riesgos. Por fin, el emperador aprobó este favor (*Ib.* 196), que iba a quedar sin efecto por circunstancias trágicas. La madre de Cimón murió (*Ib.* 278), estando su hijo en Constantinopla. Cuando Libanio todavía no se había repuesto de su aflicción, su hijo cayó del carruaje que le transportaba a Antioquía (*Ib.* 279). Murió en el hogar el a. 391, sumiendo a su padre en la aflicción.

No podemos omitir las muertes de seres ligados a la vida del sofista por distintos lazos. En general, muchos de sus alumnos, unos ya en la cumbre de la fama y otros en vías de ascender, eran segados a la manera que Trasibulo, tirano de Sición, cortaba las espigas que sobresalían sobre las otras (*Ib.* 151, 152). Concretamente habla de la muerte de cuatro, que eran brillantes en los estudios y en la administración (*Ib.* 182).

También la muerte de sus amigos íntimos: Eusebio XI (a. 359) y la de Aristeneto (a. 358), este último sepultado en el terremoto de Nicomedia, afectaron de tal modo al sofista que de repente sus cabellos encanecieron (*Ib.* 118).

Del mismo modo le afectaron otras muertes: la de Máximo, su secretario; la de un esclavo, probablemente enfermero o masajista (*Ib.* 184) y la de otro esclavo que le reemplazaba (*Ib.* 185). De profundo dolor fue para él la muerte de Eusebio XX<sup>22</sup>, a quien le llama la «joya de su enseñanza» τῶν ἐμῶν ἀγαλμάτων τὸ κεφάλαιον. *Ib.* 182).

Tampoco podemos silenciar el estado de su salud físico-mental, posible factor de la psicología del autor.

Un resumen de sus enfermedades con su cronología lo ha expuesto R. A. Pack<sup>23</sup>. Nosotros las describimos citando los textos, cosa que no hace este autor.

Destacamos, en primer lugar, que fue alcanzado por el rayo en dos ocasiones. La primera (a. 334)<sup>24</sup>, cuando leía la obra de los Acarnienses de Aristófanes (*Ib.* 9). Se trataría de una lectura en el colegio del «grammatista», cuando el sofista tenía veinte años (*ep.* 727, 1). Aquí comenzaron los fuertes dolores de cabeza, que, con algunas interrupciones, le acompañaron durante toda su vida. La segunda sucedió en su segundo viaje a Nicomedia en la estación de Libysa (*or.* 1, 77).

Durante los Juegos Olímpicos del a. 364 le sobrevino la enfermedad de *gota* que le afectaba con frecuencia a los dos pies (*Ib.* 139). El texto se refiere al propio Libanio, lo cual se deduce por otros dos pasajes del autor ὁπότε δὴ κάμνοι τὰ ἄθρα (*Ib.* 198) νοσήσαι μοι τὰ ἄθρα (*Ib.* 247). Esta enfermedad es mencionada en varias cartas (*ep.* 1239, 1274, 1300, 1301, 1483, 1518).

También la *agorofobia* y los vértigos hicieron presa en él (*Ib.* 141). Tampoco estuvieron ausentes los insomnios (*Ib.* 184).

Además, la Autobiografía se hace eco de accidentes que pusieron en peligro su integridad física. Cuando regresaba de Constantinopla está a punto de perder un ojo por un latigazo involuntario del auriga (*Ib.* 93). Más grave fue el accidente del a. 380, consignado también en la *or.* 38, 3. Quiso poner paz en una reyerta; un loco furioso dio con él en el suelo pisoteándolo el caballo. Como consecuencia le sobrevino una hemorragia tan grande que muchos le dieron por

<sup>22</sup> O. Seeck, *op. cit.*, p. 142.

<sup>23</sup> R. A. Pack, «The Medical History and Mental Health of Libanius», *Transact. of the Amer. Philol. Assoc.* 64, pp. LIII-LIV.

<sup>24</sup> A. F. Norman, *Libanius' 'Autobiography'* p. 149.

muerto (or. 1, 183). También muy grave fue el accidente reseñado más adelante. Su caballo se espantó, cuando vio venir de frente un carruaje tirado por mulos. El caballo cayó aprisionando a Libanio; su cabeza, golpeada contra las piedras, dejaba ver la masa encefálica. (Ib. 216).

#### *Perseguido por diversos estamentos de la sociedad*

Numerosas son las hostilidades que el sofista debe soportar por parte de emperadores y autoridades políticas. Un bárbaro le indisponde con el emperador Joviano, acusándole de no cesar de llorar al muerto, alusión a la Monodía que el sofista había escrito con motivo de la muerte de Juliano (or. 17). Debe tratarse de un cristiano, general de Constancio y partidario de Joviano, llamado Arinteo. El emperador quiere matarlo, pero lo impidió el sabio consejo de un discípulo capadocio del sofista, de nombre Fortunatiano (or. 1, 138).

No mejor suerte corre el sofista con el emperador Valente. Este descubre la conjuración de un tal Fidustio y sospecha que entre los conjurados está Libanio (Ib. 171-172). Dicho sea de paso, parece que el sofista destruyó las cartas de este período (a. 365-388), para borrar huellas que le pudieran delatar. La muerte del emperador en Adrianópolis libró a nuestro autor de la persecución (Ib. 177-179).

Más numerosas son las hostilidades que le salen al paso por parte de otras autoridades políticas.

Limenio, procónsul de Constantinopla, ya antes de su nombramiento pedía a la *Tyche* el permanecer en el cargo el tiempo suficiente para matarlo (Ib. 46). De sus perversas intenciones se hacen eco dos de sus cartas (cf. ep. 206; 557). No pudiendo probar la culpabilidad de Libanio mediante la tortura de su copista, le intimida a que abandone la ciudad (Ib. 47) y le prohíbe enseñar en la ciudad de Nicomedia (Ib. 48).

También Festo y Eterio, *consulares Syriae*, se suman a dicha enemistad. El primero insta a los oyentes de Libanio a que desalojen la sala con el pretexto de escuchar la lectura de una carta imperial. Pensaba que el sofista trataría de impedirlo y esto era suficiente motivo para matarlo (Ib. 156-157). El segundo, probablemente sucesor de Festo, desencadenó toda su hostilidad hacia el sofista (Ib. 160).

Este mismo camino sigue Fidelio, *comes sacrarum largitionum*, y amigo de Festo. Le acusa de hacer el elogio del tirano Procopo (Ib. 163). Un tal Lupicino, *magister equitum*, a pesar de ser cristiano, consiguió que la acusación no tuviera el efecto apetecido (Ib. 165).

Otros muchos, que habían adquirido poder después de la muerte de Juliano indisponen a Protasio, *consularis Syriae* o *comes Orientis* según Downey<sup>25</sup>, contra Libanio (Ib. 167-168). Tenía la intención de deshonrarle, pero la muerte se lo impidió (Ib.).

Un segundo Protasio, descrito por Reiske como «non nomine quidem illi, at moribus erga me et odio mei similis», castiga a dos estudiantes en represalia, porque el sofista no le invitaba a sus declamaciones (Ib. 169).

También Carterio, *consularis Syriae*, intenta perjudicar a Libanio indirectamente, nombrando como profesor de retórica «a esa peste de Gerontio», que debía ser sofista de Apamea (Ib. 186).

Otro *consularis Syriae*, llamado Eustacio, se mostró enemigo del sofista por haber defendido a un alumno pobre, huérfano y muy joven (Ib. 272).

<sup>25</sup> G. Downey, *A Study of the Comites Orientis and the Consulares Syriae*, Princeton 1939, p. 21.

No menos hostil fue Sabino, *principalis Syriae*, que había asesinado a su esposa bien mediante envenenamiento, bien mediante prácticas mágicas, quiso responsabilizar de su muerte a Libanio. La denuncia era como autor de la magia negra, ya que se sirve de cabezas cortadas (Ib. 194).

A estas enemistades se suma Proclo, *comes Orientis*, descrito por el propio Libanio como hombre presto a torturar (cf. or. 26, 30; 28, 13; 29, 10). Este y el sofista se odiaban mutuamente, lo que acrecentaba la buena reputación de Libanio (Ib. 222). Durante su mandato, fue víctima de toda clase de intrigas por parte de sus amigos (Ib. 223).

Un personaje, que no sabemos si es *consularis* o asesor del *comes*, indisponde al emperador contra Libanio mediante cartas plagadas de mentiras, en las que se le exponía que el sofista trataba de desencadenar la ira del emperador sobre él (Ib. 263).

Incluso, personajes del bajo estamento social le atacan. Pergamio, un charlatán peligroso, se hizo enemigo de Libanio por creer sin fundamento que éste le había ofendido (Ib. 176). Un jovenzuelo homosexual, sobornado por el precio de tales relaciones, le acusa ante el emperador de emplear dos cabezas de mujer contra él y su colega de más edad (Ib. 98). Es la segunda vez que se le acusa de esta magia negra.

No menos significativa es la ira de un artesano loco. Este le apedreaba siempre que lo veía. Incluso intentó matarle en el *bouleuterion* con una piedra grande, pero un dios hizo que no lo viera (Ib. 235-37).

Estas persecuciones sin tregua por parte de emperadores, autoridades políticas e incluso individuos no excelentes pudieron influir en su psicología.

#### *Perseguido profesionalmente*

Dejamos de lado la descripción del sistema educativo en el Bajo Imperio de Oriente, para lo cual remitimos al lector a una excelente bibliografía<sup>26</sup>. Abordamos la formación de Libanio como sofista y el desarrollo de su profesión destacando sus decepciones y persecuciones.

Libanio no nos dice nada sobre su enseñanza elemental y de segundo grado. La primera noticia que nos ofrece acerca de su formación es que a los quince años le invadió la pasión por la retórica εἰσῆρχετο δριμύς τις ἔρωσ τῶν λόγων (or. 1, 5).

Su primer maestro que «derramaba a raudales la belleza de sus discursos» (Ib. 8) debió ser Ulpiano de Askalon<sup>27</sup>, hombre severo (or. 30, 10) y del que se lamenta más tarde no haber sacado el provecho suficiente. Muerto éste, le sucedieron sofistas mediocres, calificados de «sombras de sofistas», «guías de ciegos» que hacen caer a sus alumnos en el *barathron* de la Ignorancia (or. 1, 8). Parece referirse a Zenobio de Elysa<sup>28</sup>, al que sucedería mucho después (Ib. 100). Hombre no dotado (or. 30, 11).

Este desencanto le hizo volver a la clase de un grammatista (or. 1, 8). Este deber ser Dídimos, citado en la ep. 317 y 318. Junto a él pasó cinco años, de los quince a los veinte (a. 329-334) (Ib. 9), leyendo y aprendiendo de memoria los autores clásicos y quizá colaborando como asistente.

Embelesado por las historias y hazañas que Jasión, discípulo suyo, había oído sobre Atenas, decidió marcharse a esta ciudad (Ib. 11) con un permiso de su madre, arrancado contra su

<sup>26</sup> P. Wolf, *Vom Schulwesen der Spätantike. Studien zu Libanios*, Baden-Baden 1952; J. W. H. Walden, *The Universities of ancient Greece*, New-York, 1904; A. Müller, «Studentenleben in 4 Jahrhundert n. Ch.», *Philologus* 69, 1910, pp. 292 y ss.; H. I. Marrou, *Historia*

*de la educación en la Antigüedad*, Buenos Aires 1965 (trad. esp.); G. Boissier, *La fin du paganisme*, París 1894, p. 175; G. Sievers, *op. cit.*, pp. 16-42.

<sup>27</sup> Foerster-Münscher, *RE, art. cit.*, col. 2487.

<sup>28</sup> A. J. Festugière, *op. cit.*, p. 97.

voluntad por su tío Fasgario (*Ib.* 13). Allí hubiera querido ser alumno oficial del sirio Epifanio, pero no se le permitió, al ser secuestrado como en un tonel (*Ib.* 16). Fue obligado a matricularse como alumno oficial de Diofanto y se le permitió asistir a las conferencias públicas de Epifanio y Proeresio (*Ib.* 16, Eunapio *V.S.* 495). Sufrió una nueva decepción por el modo como se enseñaba la retórica (*Ib.* 17). El mediante la lectura constante de los autores antiguos aprovechó más que siguiendo las lecciones de los más afamados maestros de su tiempo (*Ib.* 23-24). Como vemos, aquí también le persigue la desgracia.

Sin embargo, Libanio, mediante su esfuerzo personal, alcanzaba el sueño de todo sofista: ser considerado digno de una cátedra de retórica en Atenas (*Ib.* 24). Así sucedió, cuando un procónsul de Acaya decidió sustituir a los tres sofistas oficiales de Atenas por otros tres: un egipcio, un sirio y Libanio, que a la sazón tenía veinte años (*Ib.* 25). Este, no obstante, pensaba que debía emplear cuatro años más en su formación (*Ib.* 26). Acompaña a regresar a su patria a un tal Crispino, natural de Heraclea (*Ib.* 27-28). Ambos amigos pronunciaban sus declamaciones a su paso por las ciudades cosechando grandes éxitos como en Constantinopla (*Ib.* 30). De regreso, se detiene de nuevo en dicha ciudad, donde el gramático Nicocles le propone asociarse con él como trampolín para conseguir una cátedra pública similar a la de Bemarquio (*Ib.* 31).

Nuestro sofista rehuye de momento la invitación y se encamina hacia Atenas a escondidas de Nicocles, para resolver algunos asuntos, cuya naturaleza no nos revela. Cuando vuelve a Constantinopla, la cátedra está ocupada por otro (*Ib.* 35). Un amigo de su familia le posibilitó abrir un colegio privado y el éxito movió al emperador a concederle la plaza con un nombramiento, sin duda, de supernumerario (*Ib.* 37).

Después de una corta estancia en Nicea es desterrado por Limenio. Los habitantes de Nicomedia le llaman con la aviesa intención de que su sofista oficial encontrase en Libanio la horma de su zapato (*Ib.* 48-49). Por fin, lo vemos instalado como sofista oficial en Nicomedia (*Ib.* 52).

Hacia el a. 348-49, Libanio pronunció el panegírico de los emperadores Constancio y Constante, el más antiguo de los conservados. Como consecuencia, fue nombrado por Constancio sofista de Constantinopla (*Ib.* 74). Los procónsules de Constantinopla y el emperador le colmaron de favores (*Ib.* 80). Incluso, parece que recibió el usufructo de una propiedad municipal y el de una imperial como complemento a los emolumentos fijados para la cátedra<sup>29</sup>.

El procónsul Estrategio aconsejó a los atenienses, dada la mala situación de la retórica en Atenas, hacer venir maestros del extranjero y les sugería llamar a Libanio (*Ib.* 81-85). Aunque el sofista le atribuye tal iniciativa al procónsul, parece que fue Celso, uno de sus antiguos alumnos de Nicomedia, que a la sazón se encontraba en Atenas (*Ib.* 83). En todo caso, a Libanio se le ofreció de nuevo la cátedra de Atenas (*Ib.* 83) que Libanio rehusó por segunda vez temiendo las injurias, que allí otros colegas había recibido (*Ib.* 86). En esta época deben situarse las relaciones que mantuvo con Temistio<sup>30</sup>.

Finalmente, se decide instalarse como sofista en su ciudad natal. Los sofistas le advierten de las dificultades que encontraría para abrirse camino en su patria (*Ib.* 86). Pronuncia un primer discurso con un clamoroso éxito (*Ib.* 91) y un segundo a petición de Gallo (*Ib.* 97). A pesar de ello, el emperador, persuadido por una acusación de magia, le aconseja volver a Constantinopla (*Ib.* 100). El sofista no se dejó intimidar como el a. 342-43 y se dedicó a la enseñanza privada (*Ib.* 101). Muerto Gallo, el sofista obtuvo permiso oficial para enseñar en el *bouleuterion*. Su éxito hacía que no pudiera atender a todos sus alumnos antes de la puesta del sol (*Ib.* 104).

<sup>29</sup> P. Petit, *V.M.* p. 409.

<sup>30</sup> Foerster-Münscher, *RE art. cit.*, col. 2534.

Si Limenio y Gallo fueron enemigos en el ejercicio de su profesión, las principales hostilidades iban a ser promovidas por sus colegas sofistas.

En Constantinopla vence en las competiciones oratorias a dos sofistas: al hombre de Cícico y el capadocio. Ellos, como represalia, multiplican sus injurias (*Ib.* 38). Libanio era considerado como un excelente escritor, pero mal pedagogo. Su voz era débil, su elocuencia difícil, su prestancia física mal compensada por un exceso de gesticulaciones<sup>31</sup>. De ello se defiende en la *or.* 2.

No mejor suerte corrió en sus relaciones con Bemarquio, sofista oficial de Constantinopla (a. 340). Este, vencido en sus dos confrontaciones oratorias, acusa a Libanio de practicar la magia astrológica contra él (*or.* 1, 43). Eunapio nos habla de la acusación de pederastia (*V.S.* 495). Las sediciones del a. 342 (cf. *or.* 59, 94-98) brindaron una buena ocasión. El sofista no indica las causas, pero otras fuentes apuntan a disensiones internas entre los obispos cristianos. En todo caso, tanto *grammaticos* como sofistas aprovechan la ocasión para encarcelarle (*or.* 1, 44).

La misma acusación aparece en el duelo que mantiene con un sofista en Nicomedia. Este había insultado a los *bouleutai*, llamándolos «esclavos de sus antepasados» (*Ib.* 49). Ellos, para darle el castigo merecido, llaman a Libanio que efectivamente le vence en la confrontación oratoria. El vencido afirma, para defenderse, que las prácticas mágicas de Libanio le habían quitado la memoria (*Ib.* 50). Más adelante, este sofista le acusa de ser el autor de la muerte de su esposa, que ha muerto víctima de las prácticas mágicas de Libanio (*Ib.* 62). De nuevo, un sicofanta aparece diciendo que Filagrio había enfermado de la cabeza por la misma causa (*Ib.* 68), causa que la vemos repetirse más adelante de labios del mismo sofista, que afirma de nuevo haber perdido la memoria en el momento de pronunciar el discurso (*Ib.* 71).

En Antioquía ha de competir con el sofista de turno, que parece ser Acacio<sup>32</sup>, a quien vence (*Ib.* 90-92).

De nuevo, vemos a nuestro autor enfrentándose a decepciones y hostilidades.

#### *Ambiente cultural hostil para Libanio*

Si el ambiente socio-político era lacerante para Libanio, si su vida a nivel personal estuvo anegada en continuas desgracias y a nivel profesional llena de hostilidades, lo que va a herir una de las fibras más íntimas de su ser es la situación cultural y religiosa.

El era el defensor a ultranza de la cultura helénica, representada por la retórica e indisolublemente unida a la religión pagana. Expresiones como éstas lo demuestran: τὰ περὶ λόγους ἱερὰ (*or.* 3, 35) οἰκεῖα γὰρ...καὶ συγγενῆ ταῦτα ἀμφοτέρω, ἱερὰ καὶ λόγοι (*or.* 62, 8). Este ideal suyo, que se repite como *leit-motiv* en sus obras, está en el siglo IV seriamente amenazado por cuatro factores expuestos por P. Wolf: el triunfo de la jurisprudencia, del latín, de la taquigrafía y del cristianismo<sup>33</sup>. Esta situación ha sido ya expuesta por otros autores<sup>34</sup>.

Libanio deplora el haberse establecido como profesor de retórica, cuando ésta es débil, despreciada e insultada (*or.* 1, 154). El factor de dicho desprecio es la política de los emperadores sobre todo la de Constancio II (*Ib.* 76; *or.* 62, 15). En este discurso (a. 366) describe este estado de cosas para él caótico, al responder a las críticas que suscita su παιδεία. Su simple esquema lo pone de manifiesto.

<sup>31</sup> P. Petit, *Les étudiants*, p. 101.

<sup>32</sup> P. Petit, *Libanios. Discours*, París 1979, pp. 228-29.

<sup>34</sup> P. Petit, *V. M.* pp. 360-370; P. Petit, *Les étudiants*, pp. 179-185; Festugière, *op. cit.*, pp. 91 y ss.

<sup>33</sup> P. Wolf, «Libanios und sein Kampf um die hellenische Bildung», *Museum Helveticum* 11, 1954, pp. 231-242.

Se le censura de no saber enseñar (§ 1-5). Pero él se defiende aduciendo cuatro circunstancias atenuantes:

- 1) La política de Constancio que abandona los λόγοι y τὰ ἱερὰ (los cultos paganos), y confía los cargos de la administración a simples secretarios ὑπογραφεῖς sin cultura (§ 8-18).
- 2) La magnanimidad de Libanio, que no exige el salario que le es debido (§ 19-20).
- 3) El embelesamiento, llamémosle *esnobismo* que representan los estudios de derecho (§ 21-23). Recordemos que la jurisprudencia en tiempos del sofista era estimada más por el puesto fijo que por la fuerza de la retórica<sup>35</sup>.
- 4) El libertinaje de los jóvenes<sup>36</sup> y la falta de seriedad de los padres (§ 24-25). Estos envían a sus hijos a estudiar λόγοι con fines adulterados, es decir:

Para que lleguen a ser sofistas (§ 30-36), magistrados principales (§ 37-40), miembros del colegio de abogados (§ 41-49), y gobernadores de provincia (§ 50-62).

También las cartas se hacen eco de esta lamentable situación. La curia de Antioquía pide la creación de una cátedra de derecho (*ep.* 209). Los estudiantes abandonan su colegio de retórica para estudiar derecho (*ep.* 117); éste es indispensable para desempeñar la abogacía (*ep.* 1170). Todo el mundo tiene puestos sus ojos en Beirut (*ep.* 1203).

En resumen, los jóvenes abandonan las escuelas de los sofistas, para irse a estudiar derecho e Beirut, latín en Roma, taquigrafía en Constantinopla<sup>37</sup>.

Juliano disipa el mal por breve tiempo (*or.* 62, 17). Durante su reinado se vuelve a admirar la elocuencia (*or.* 1, 125), volviendo a escogerse los funcionarios entre los antiguos alumnos de retórica y prohibiendo enseñar a los maestros cristianos (*or.* 18, 158; *ep.* 1224).

Tras su corto reinado, los estudios de retórica vuelven a caer en la misma sima. Es reveladora la petición que hace el sofista a Teodosio: «No sería indigno de tu carácter, príncipe, promulgar una ley, según la cual no se instruirá en disciplinas ajenas a los trabajos del Senado (i.e. latín, derecho, taquigrafía), sino en las que harán seguir el mismo punto de vista de los antiguos, que no tenían otra ambición que prestar servicios a la patria por medio de la elocuencia de los griegos» (*or.* 49, 29).

Adquiere relevancia especial la defensa que hace de la lengua griega. Esta se describe con frases de desprecio: τῆ ἡκεῖνων γλώττη; φωνῆ τῆ ἡκεῖνων (*or.* 1, 3). Positivamente defiende la lengua griega, ya que el desconocimiento del latín de su tío Fasgano no le impidió el ser un buen curial muy respetado por las autoridades romanas (*or.* 49, 29).

Esta se ve amenazada, pues los estudiantes prefieren formarse en la lengua de Roma (*or.* 1, 214). Ello es consecuencia lógica del estado de cosas existente. Los que dominan esta disciplina gozan de gran consideración y poder (*Ib.* 234). La creación de una cátedra de elocuencia latina en Antioquía (a. 387-88) se confirma en la *or.* 58, 21-22, creación motivada por la política de Teodosio de reclutar los funcionarios entre los juristas<sup>38</sup>.

#### *Ambiente religioso lacerante para el sofista*

Pero el florecimiento de la retórica está ligada en su mente a la religión pagana de la que es defensor acérrimo. Lógicamente debe oponerse a todo lo que implique su destrucción: religiones orientales, Neoplatonismo, *theurgia* de los paganos de su tiempo y religión cristiana<sup>39</sup>. Nosotros

<sup>35</sup> P. Wolf, «Libanios und sein Kampf um die helle-nische Bildung», *art. cit.*, p. 232.

<sup>36</sup> A. J. Festugière, *op. cit.*, pp. 111-119; P. Petit, *Les étudiants* pp. 147-154.

<sup>37</sup> A. J. Festugière, *op. cit.*, p. 92.

<sup>38</sup> P. Petit, *V.M.* pp. 365-68.

<sup>39</sup> P. Petit, *Ib.* p. 196.

nos limitamos a esta última, triunfante en Antioquía en aquel momento histórico. La ataca con especial virulencia refiriéndose a los cristianos en general, a las autoridades eclesiásticas y a los monjes.

En primer lugar, formula acusaciones contra los cristianos en general.

Cuando la población antioquena se encuentra enloquecida por el hambre, Libanio responsabiliza a los cristianos de los disturbios reinantes, puesto que está producido por las aviesas intenciones de éstos hacia un alto funcionario pagano (*or.* 1, 207). También les acusa de ser responsables indirectamente de los males que sufre el imperio al despreciar a los dioses paganos (*or.* 2, 59). Incluso, les responsabiliza veladamente de la muerte de Juliano: «si ésta no se debió a la lanza persa, debemos concluir que el asesino está entre nosotros» (*or.* 24, 21). Recordemos que Juliano restableció los cultos paganos (*or.* 1, 118). Muchos, entre los que debemos contar al sofista, se alegraron por ello (*ep.* 685; 694; *or.* 24, 36) y se asociaron a esta reinstauración del paganismo (*or.* 15, 48-49). Estos fueron los ancianos, pues ya las generaciones jóvenes lo ignoraban (*or.* 17, 9, 13). Naturalmente, en esta metrópolis del Cristianismo, Juliano tuvo que sufrir una fuerte oposición (*or.* 7, 12). Sobre la política religiosa de Juliano (*cf.* J. Bidez)<sup>40</sup>.

Pero volvamos a Libanio. De su pluma brotan epítetos peyorativos para los cristianos: ἀμύητοι «no iniciados» (*or.* 1, 39), δυσσεβεῖς «impíos» (*Ib.* 120, 207; *or.* 13, 11) οἱ θεοῖς ἐχθροί «enemigos de los dioses» (*or.* 62, 10; 30, 46), καθάρματα «impuros» (*or.* 1, 169). P. Petit recoge otros epítetos sin citar el texto griego: «malditos» «malvados», «ateos o sacrílegos», «adversarios», «mentirosos»<sup>41</sup>.

Sin entrar en la descripción exhaustiva del paganismo de Libanio, para lo cual remitimos al lector a una Monografía ya clásica y a otros estudios<sup>42</sup>, damos una cuantas pinceladas.

El ateísmo de los cristianos lo concretiza el sofista en la negación de la existencia de los dioses (*or.* 42, 42) y en la especie de ahogo que les producen los honores tributados a los dioses (*or.* 24, 21).

La fe de los cristianos se fundamenta en libros que divinizan al nacido en Palestina (*or.* 18, 178). Les reprocha el culto que profesan a los mártires y a sus reliquias (*or.* 62, 10) y el que rechacen a los poetas, huyan de los templos de nuevo abiertos, aparten a sus parientes y servidores de Platón y Pitágoras y arrastren a remolque a las personas, cuyo espíritu debieran dirigir (*or.* 16, 47). Finalmente, les censura el no avergonzarse de considerar las tinieblas más resplandecientes que la luz (*or.* 18, 123).

Tampoco se libran de sus ataques los predicadores de la fe cristiana, calificándolos de demagogos οἱ κατὰ τῶν θεῶν δημηγοροῦντες (*or.* 18, 286) y κληροῦχοι Οὐρανίου (*or.* 1, 165). Este último texto se presta a controversia. Unos en sus traducciones lo refieren a los cristianos en general. P. Wolf traduce «diese Leute da die.. den Himmel erben wollen» y A. J. Norman «heirs to the kingdom of Heaven», P. Petit, siguiendo a J. Reiske, lo relaciona en su traducción con el clero cristiano «Et tiennent leur patrimoine du dieu du ciel». Aduce en su defensa que κληροῦχοι «los que poseen un lote» no es sinónimo de κληρονόμοι «herederos»<sup>43</sup>.

Pero los ataques más virulentos los dirige contra los monjes. Habitan en cuevas (*or.* 2, 32; 45, 26). Son hombres sin cultura (*ep.* 1367, 4). Han huído de la agricultura y tienen la pretensión de conversar en los montes con el Creador del Universo (*or.* 30, 48). Su vida se asemeja a la

<sup>40</sup> J. Bidez, *La vie de l'empereur Julien*, París 1930, pp. 261-272; 291-304.

<sup>41</sup> P. Petit, *V.M.* p. 196.

<sup>42</sup> J. Misson, *Recherches sur le Paganisme de Libanios*, París 1914; P. Petit, *V. M.* pp. 191-216; A. F. Norman, *op. cit.*, pp. VIII-IX; P. Wolf, *op. cit.*, pp. 21-22.

<sup>43</sup> P. Petit, *Discours*, París 1979, p. 255.

de los zánganos (*Ib.* 12). Visten de negro (*Ib.* 8); del mismo modo los describe Eunapio y Zósimo. Intentan demostrar su virtud con esos vestidos de duelo (*Ib.* 46) y sólo son virtuosos en sus mantos (*or.* 2, 32). Ocultan sus desórdenes en una palidez artificial (*or.* 30, 8). Esta es consecuencia del ayuno que practican para honrar a su dios (*Ib.* 11). En contraposición, son más glotonos que los elefantes y bebedores empedernidos (*Ib.* 8), glotonería que compara Eunapio con la de los puercos.

La responsabilidad más grave de estos monjes es ser los autores materiales de la destrucción de los templos (*Ib.* 8), punto en que también coincide Eunapio. Pero la verdadera responsabilidad de tales felonías debe recaer en la política de Constancio, que destruye los templos, se incauta de sus bienes, suprime los ritos sagrados y desprecia la cultura helénica (*or.* 62, 8). Este último texto nos descubre la razón de su postura anticristiana.

### Conclusiones

Esta exposición nos lleva a una serie de conclusiones que posiblemente nos dibujan el perfil psicológico de su personalidad:

1. Su salud físico-mental está sellada por enfermedades y accidentes que en absoluto favorecen una psicología optimista.
2. Su personalidad se forja en un ambiente sociológico hostil, dado que su vida se desarrolla en un siglo en crisis, amén de verse obligado a mantener un duelo constante con todos los estamentos de la sociedad antioquena.
3. Su labor profesional está llena de dificultades planteadas tanto por otros sofistas como por autoridades que llegan a prohibirle enseñar oficialmente.
4. Además, la cultura helénica, basada para él en la retórica, se ve amenazada por los nuevos valores de la época: la jurisprudencia, el latín y la taquigrafía.
5. A ella le está asestando el golpe de gracia un Cristianismo floreciente que sustituye a la religión pagana, resucitada durante el corto reinado de Juliano. No es de extrañar que lo ataque con singular virulencia, pero, en honor a la verdad, desechando toda persecución sangrienta.
6. Todos estos factores han podido crear una psicología de psicópata, reflejada en un texto de su Autobiografía.

οἱ τοίνυν ἐπ' ἐμὲ μηδενὸς μὲν λόγου, μηδενὸς δὲ ἔργου, μηδεμιᾶς δὲ ἀποσχόμενοι τέχνης, ἀλλ' οἱ μὲν ὀνειδέει περιβάλλειν ἀποχρῆν νομίσαντες, οἱ δὲ πᾶν μυχρόν, εἰ μὴ καὶ ἀποκτείναιεν, οἱ δὲ οἷς ἦν ἡδὺ καὶ ταύρου τὸν νεκρὸν ἐκδήσαντας ἀφεῖναι διὰ | πετρῶν φέρεσθαι, *or.* 1, 146.